EDICION ESPECIAL 21 de Septiembre de 1950

TEXTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN LA ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS POR EL SECRETARIO DE ESTADO DE LOS ESTADOS UNIDOS, MR. DEAN ACHESON.

* * * * * *

DISCURSO DE ACHESON EN LA ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS.

Flushing Meadow, 20. - Texto del discurso dirigido por el Secretario de Estado norteamericano, Dean Acheson, a la Asamblea General de las Naciones Unidas:

Esta reunión de la Asamblea General es decisiva.

Se presenta ante nosotros la oportunidad de emprender una acción que pueda salvar la esperanza de paz, de seguridad, de bienestar y de justicia para las generaciones venideras. También se presenta ante nosotros la oportunidad de andar a la deriva, de titubear, de realizar esfuerzos vacilantes. Seguir este camino supone el desastre. Hemos de optar por una cosa u otra. La decisión en un sentido u otro llegará aunque no hagamos nada por llegar a ella.

Los pueblos del mundo saben esto. Ellos seguirán con ansiedad cada palabra que se pronuncie aquí. Nuestras palabras les llegarán mezcladas con el fragor de la batalla que ahora hace presa en Corea. Allí hay hombres que luchan y mueren bajo la bandera de las Naciones Unidas. Nuestra carta, nacida de los sacrificios de millones de personas en la guerra, se está consagrando nuevamente a la paz en este mismo momento de nuestra reunión. El heroismo de esos hombres nos brinda esta oportunidad de reunirnos y actuar. Nuestra labor ha de ser digna de ellos y de esa oportunidad.

Nos reunimos también plenamente a sabiendas de la gran ansiedad que hace presa en los corazones del pueblo de esta tierra. Los hombres y mujeres de todo el mundo están agobiados por el temor: el temor de la guerra, el temor de que el hombre se esté jugando su propia destrucción.

Pero el hombre no es una criatura indefensa que tenga que estar aguardando un destino inexorable. Está en nuestro poder emprender una acción que, con la voluntad de Dios, pueda impedir la catástrofe cuyas sombras se ciernen sobre nosotros. Esa terrible responsabilidad descansa sobre cada uno de los hombres y mujeres que se encuentran en esta sala. Cuando termine esta reunión, cada uno de nosotros debemos dar cuenta a nuestra conciencia de lo que hemos hecho aquí.

¿Cómo hemos llegado a esta condición de temor y de peligro? La vida de muchos de los que aquí estamos ha visto subir y caer imperios, ha presenciado el desarrollo de potentes naciones, la excitación de grandes continentes por una esperanza recién nacida, la conquista del espacio y las grandes invenciones, tanto creadoras como destructoras. Hemos vivido en un siglo en el que se turnaban la guerra y la esperanza.

Ahora, el fundamento de nuestra esperanza son las Naciones Uni-

das. Hace cinco años declaramos en San Francisco nuestra determinación de "salvar a las futuras generaciones de la plaga de la guerra", nuestra fe en los derechos fundamentales del hombre y nuestra creencia en la justicia y en el progreso social. Durante estos años algunos de nosotros hemos trabajado de firme para llevar esto a cabo.

No cabe ya preguntar: ¿sobrevivirán las Naciones Unidas? ¿Sufrirán las Naciones Unidas el destino de la Sociedad de Naciones? Esta pregunta ha sido ya respondida. Y si alguien ha respondido a ella, ha sido precisamente la acción de las Naciones Unidas contra la agresión en Corea. La sangre pesa más que la tinta. Sin embargo, una ola de temor ha caído sobre nuestras esperanzas y nuestras realizaciones.

¿Cual es la razón de este temor? ¿ Por qué no hemos sido capaces de lograr la paz y la seguridad a través de las Naciones Unidas en estos cinco años? ¿ Por qué no ha existido entre las grandes potencias la cooperación que tenía que haber consolidado las Naciones Unidas? ¿ Por qué no hemos sido capaces de llegar a un acuerdo sobre el control de la energía atómica y sobre la regulación de los armamentos? ¿Cual ha sido el obstáculo que se ha interpuesto a un sistema universal de seguridad colectiva?

Nos hemos enfrentado con muchos y complejos problemas, pero el principal obstáculo para la paz es fácil de identificar y en la mente de nadie debe caber el menor error acerca de ello. Ese obstáculo ha sido creado por la política del gobierno soviético.

Debemos reflexionar con toda claridad acerca de este obstáculo. No es la ascensión de la Unión Soviética como fuerte potencia nacional lo que crea dificultades. No es la existencia de diferentes sistemas sociales y económicos en el mundo; ni tampoco, estoy seguro, ningún deseo de guerra por parte del pueblo ruso. La raíz de nuestra inquietud hay que encontrarla en el nuevo imperialismo dirigido por los gobernantes de la Unión Soviética.

Para ser más explícitos, el gobierno soviético levanta cinco barreras a la paz.

Primera: los esfuerzos soviéticos para consumar el colapso del mundo no soviético, y cumplir con ello un vaticinio de la teoría soviética, han hecho que sean dificilísimas las negociaciones auténticas. El honorable representante del Líbano, Dr. Charles Malik, lo definió con toda exactitud en nuestra última asamblea, cuando dijo: "No puede haber mayor desacuerdo que cuando uno quiere eliminar tu existencia."

Segunda: la capa de secreto que los dirigentes soviéticos han tendido alrededor del pueblo y de los estados que controlan es una gran barrera para la paz. Esto ha alimentado la desconfianza y la mala información en los dos sentidos. Ello priva a los gobiernos de la influencia moderadora de los contactos entre los pueblos y se interpone en el camino del entendimiento y confianza mutuos que son esenciales para el desarme.

Tercera: el ritmo en que la Unión Soviética ha venido creando armas y ejércitos, mucho más allá de cualquier requerimiento de defensa, ha puesto en grave peligro la paz en todo el mundo. Mientras otros países se desmovilizaban después de la guerra y se dedicaban a convertir sus industrias para destinarlas a fines pacíficos, la Unión Soviética y los territorios bajo su control aceleraban los preparativos para la guerra. La Unión Soviética ha obligado a que los países se rearmen en defensa propia.

Cuarta: el empleo por los dirigentes soviéticos del movimiento comunista internacional para la agresión directa o indirecta ha sido una gran fuente de disturbios en todo el mundo. Con palabras que juegan con honestas aspiraciones y con penalidades, los dirigentes soviéticos han manipulado al pueblo de otros estados como peones del imperialismo ruso.

Quinta: el uso soviético de la violencia para imponer su voluntad y su sistema político a los demás pueblos es una amenaza a la paz. Nada de extraordinario hay en el hecho de que aquellos que creen en un orden social particular quieran esparcirlo por todo el mundo; pero como dijo uno de mis predecesores, el secretario Adams, refiriéndose a los esfuerzos realizados por un gobernante ruso de otros tiempos -el zar Alejandro- para establecer la Santa Alianza, el emperador "encuentra una feliz coincidencia entre los dictados de su conciencia y los intereses de su imperio." La combinación de esta ambición internacional y la confianza soviética en la fuerza y en la violencia -aunque esté camuflada en forma de guerra civil- es una barrera para las relaciones pacíficas.

Esta conducta está en pugna con la carta de las Naciones Unidas y con la resolución de los "Esenciales de la paz" aprobada en nuestra última asamblea. Este proceder ha creado un grande y terrible peligro para el resto del mundo.

Pero ni siquiera esta conducta ha hecho que la guerra sea inevitable; nosotros no aceptamos, por nuestra parte, la idea de que la guerra es inevitable. Sin embargo, es evidente que ha extendido la sombra de la guerra. Esta realidad no puede ser obscurecida por una propaganda que ceba el anzuelo con palabras de paz, profanando con ello las más elevadas aspiraciones de la Humanidad.

Frente a esta conducta sólo hay un camino verdadero por el que el mundo puede mantener la paz y la seguridad: el robustecimiento del sistema de seguridad colectiva del mundo libre. Nuestra mejor esperanza descansa en nuestra capacidad de hacer bien patente a todo agresor potencial que la agresión no puede tener éxito. La seguridad de las naciones que desean la paz y la seguridad de las Naciones Unidas mismas, requiere una buena fortaleza para impedir nuevos actos de agresión.

Uno de los propósitos fundamentales de las Naciones Unidas, expresado en el Artículo 1 de la carta, es el de que ellas ". . . tomarán eficientes medidas colectivas para la prevención y eliminación de las amenazas a la paz, y para la supresión de actos de agresión u otras violaciones de la paz. . ."

La acción emprendida por las Naciones Unidas para sofocar la agresión iniciada el 25 de junio contra la República de Corea fué justamente la medida colectiva requerida. Ella señaló una nueva fase en la historia, porque enseñó la manera de imponer el imperio del derecho entre las naciones.

El mundo está a la espera de ver si podemos construir sobre los cimientos que hemos echado. Las Naciones Unidas deben empezar a moverse enérgicamente hacia adelante para desarrollar un sistema de seguridad colectiva más adecuado. Si no se mueven hacia adelante, se moverán hacia atrás.

El Artículo 24 de la carta confiere al Consejo de Seguridad la responsabilidad primordial para el mantenimiento de la paz. Así es como debe ser; pero si el Consejo de Seguridad no es capaz de actuar a causa de las tácticas obstruccionistas de un miembro permanente, la carta no deja en la impotencia a las Naciones Unidas. La obligación

que todos los miembros tienen de tomar medidas para mantener o restablecer la paz no desaparece a causa de un veto. En sus artículos 10, 11 y 14, la carta confiere también a la Asamblea General autoridad y responsabilidad en los asuntos que afecten a la paz internacional. La Asamblea General puede y debe organizarse a sí misma para descargar su responsabilidad rápida y decisivamente si se impide actuar al Consejo de Seguridad.

A este fin, la delegación de los Estados Unidos somete ante la asamblea varias recomendaciones destinadas a aumentar la efectividad de la acción de las Naciones Unidas contra la agresión.

Este programa incluirá las siguientes proposiciones:

Primera: una cláusula para convocar una sesión de emergencia de la Asamblea General a las veinticuatro horas de recibir el aviso, si se impide actuar al Consejo de Seguridad con motivo de una violación de la paz o de un acto de agresión.

Segunda: el establecimiento por la Asamblea General de una patrulla de seguridad, una patrulla de paz, que proporcione información inmediata e independiente e informe desde cualquier área en que amenace un conflicto internacional, a instancias o con el consentimiento del estado visitado.

Tercera: un plan en virtud del cual cada nación miembro designe dentro de sus fuerzas armadas nacionales una o varias unidades de las Naciones Unidas, especialmente entrenadas y equipadas y listas en todo momento para entrar rápidamente en servicio en nombre de las Naciones Unidas. Para ayudar en la organización, instrucción y equipo de dichas unidades, sugerimos sea nombrado un asesor militar de las Naciones Unidas. Hasta el momento en que las fuerzas previamente estipuladas en virtud del Artículo 43 sean puestas a disposición de las Naciones Unidas, la disponibilidad de estas unidades nacionales será un paso importante hacia el desarrollo de un sistema mundial de seguridad.

Cuarta: el establecimiento por la Asamblea General de un comité que estudie e informe sobre los medios que las Naciones Unidas podrían utilizar a través de la acción colectiva -incluyendo el empleo de la fuerza armada- para realizar los propósitos y principios de la carta.

Será necesario que estas propuestas se incluyan como tema en la agenda. Nuestra delegación espera que la asamblea proceda sobre estas sugerencias, así como sobre las que puedan ofrecerse para el robustecimiento de nuestro sistema de seguridad colectiva.

Al hacer esto, debemos exponer claramente ante el mundo el propósito de nuestro sistema de seguridad colectiva, de manera que nadie pueda llamarse a error.

Necesitamos de esta potencia defensiva contra otra agresión, a fin de atravesar sin una catástrofe estos tiempos de tensión, y de llegar a un período en que la negociación genuina pueda ocupar el puesto que le corresponde como medio normal de arreglar disputas.

La perspectiva está reflejada en las propuestas de un programa de veinte años hechas por el secretario general, una perspectiva de la que podemos sacar la firmeza y la paciencia que se exige de nosotros.

Esta perspectiva tiene en cuenta la posibilidad de que el gobierno soviético no se comprometa inherente y unilateralmente a permanecer en el camino de la paz, y de que algún día acepte la filosofía de "vive y deja vivir."

Los dirigentes soviéticos son realistas, al menos en algunos aspectos. Si logramos crear la potencia económica y militar defensiva necesaria, para ellos será evidente que el mundo no soviético no se derrumbará ni será reducido a pedazos. Puede seguir alguna modificación en sus políticas agresivas, si reconocen luego ellos que los mejores intereses de la Unión Soviética exigen unas relaciones cooperativas con el mundo exterior.

El tiempo puede surtir su efecto. Han transcurrido treinta y tres años desde el derrocamiento del régimen zarista en Rusia. Este en la Historia es un breve período. Al igual que muchos otros movimientos sociales y políticos anteriores a ella, la revolución soviética puede cambiar. Si así ocurre, puede librarse de la política que ahora impide vivir a la Unión Soviética como un buen vecino con el resto del mundo.

No tenemos la menor seguridad de que esto ocurra; pero a medida que las Naciones Unidas refuercen su sistema de seguridad colectiva, aumentarán las posibilidades de este cambio en la política soviética. Si no ocurre esto, el aumento de nuestro poderío defensivo será el medio de asegurar nuestra supervivencia y de proteger los valores esenciales de nuestras sociedades.

Pero nuestra esperanza es que un fuerte sistema de seguridad colectiva hará que sean posibles las negociaciones genuinas, y que esto llevará a su vez a una paz cooperativa.

La primera creencia del pueblo y del gobierno de los Estados Unidos es que las Naciones Unidas desempeñarán durante el período venidero un papel cada vez más importante, a medida que vayamos tratando de pasar con paso firme a través de las tensiones actuales.

He hecho ya hincapié en la importancia que concedemos a las Naciones Unidas como estructura de un eficaz sistema de seguridad colectiva. Los pasos que damos para robustecer nuestra seguridad colectiva no sólo son esenciales a la supervivencia de las Naciones Unidas, sino que contribuirán positivamente a su desarrollo. Los estrechos vínculos de una defensa común están desarrollando una mayor cohesión entre grupos regionales. Esto supone un paso importante hacia unas más estrechas relaciones entre las naciones, y es parte del proceso de desarrollo por el que marchamos hacia un mayor sentido de comunidad bajo las Naciones Unidas.

Los Estados Unidos conceden también importancia al carácter universal de las Naciones Unidas, que le permiten servir como punto de contacto entre la Unión Soviética y el resto del mundo durante este período de tirantez.

A medida que nuestros esfuerzos para robustecer el sistema de seguridad colectiva sean más y más eficaces y empiecen a disminuir las tensiones, creemos que las Naciones Unidas serán cada vez más importantes como medio de facilitar y estimular la negociación productiva.

Los Estados Unidos están dispuestos ahora y siempre, a negociar con un deseo sincero de resolver los problemas. Seguiremos esperando que esa negociación, cuando llegue, no sea meramente una ocasión para hacer propaganda.

La solución de los muchos problemas del mundo, debe, por supuesto, ser un proceso gradual. No se logrará milagrosamente, de la noche a la mañana, por un súbito gesto dramático. Llegará paso a paso. Debemos tratar de resolver los problemas que podamos y sobrellevar los demás hasta que puedan también ser resueltos.

Entre los problemas más apremiantes que exigen la atención de la Asamblea General figuran la agresión contra la República de Corea y el problema de Formosa.

En un sentido especial y, naturalmente, único, la República de Corea es una responsabilidad de las Naciones Unidas. Las decisiones de esta asamblea, en sus sesiones de 1947 y 1948, bosquejaron las aspiraciones de las Naciones Unidas para su futuro. Con anterioridad a la agresión del pasado junio, el fracaso en el logro de estos propósitos había sido motivo de profundo descontento y preocupación. La agresión del 25 de junio dió paso a un nuevo desafío, al que hizo frente la recia decisión a que ya me he referido.

Tengo la confianza más plena de que este desafío provocativo a la autoridad de las Naciones Unidas será aplastado como se merece, y que el futuro de este pequeño y bravo país volverá a ser encomendado a quien le pertenece: a la custodia de su propio pueblo bajo la guía de las Naciones Unidas.

Desde el primer momento, los Estados Unidos han prestado todo su apoyo a las decisiones de esta asamblea y a las del Consejo de Seguridad. Seguiremos apoyando las decisiones de las Naciones Unidas a medida que se despliegue el curso futuro de los acontecimientos.

Haremos todo lo que nos corresponda hacer para mantener la impresionante unidad demostrada hasta ahora en Corea.

El ataque agresor contra la República de Corea creó la necesidad urgente de neutralizar militarmente la isla de Formosa. El presidente de los Estados Unidos, al anunciar el 27 de junio las medidas tomadas para efectuar esta neutralización, puso de relieve que estas medidas tenían por objeto impedir un ataque militar, bien por fuerzas del continente chino contra Formosa, o por fuerzas de Formosa contra el continente. El presidente hizo bien patente, tanto en aquella como en varias ocasiones posteriores, que se tomaron estas medidas sin perjuicio del futuro estado político de Formosa, y que los Estados Unidos no tenían ambiciones territoriales ni aspiraban a conseguir posiciones ni privilegios especiales con respecto a Formosa.

Es creencia de mi gobierno que el problema de Formosa y de las ocho millones de personas que en ella habitan no debe resolverse por la fuerza ni por la acción unilateral. Creemos que la comunidad mundial tiene un legítimo interés en que se arregle este asunto por medios pacíficos.

Por consiguiente, la delegación de los Estados Unidos propuso que la Asamblea General dirigiera su atención a la solución de este problema en circunstancias en que todas las partes afectadas e interesadas tengan plena oportunidad para expresar sus puntos de vistas, y en que todas las partes afectadas acedan a abstenerse de hacer uso de la fuerza mientras se busca una solucion pacífica y equitativa.

Solicitamos por lo tanto que la cuestión de Formosa se incluya en la agenda, como asunto de especial y urgente importancia.

Los progresos que puedan hacerse en estos casos específicos y la mejora que puede resultar de un sistema efectivo de seguridad colectiva, ayudarán probablemente a marchar a las Naciones Unidas en la dirección del arreglo de posteriores disputas.

Anticipamos también, una vez vigorizado nuestro sistema de se-

guridad colectiva, nuestros esfuerzos para lograr la regulación de los armamentos empezarán probablemente a dar frutos.

Mi país reafirma su apoyo al plan de las Naciones Unidas para el control internacional de la energía atómica, plan que prohibiría eficazmente el uso de armas atómicas. Seguiremos estudiando con simpatía cualquier otra propuesta que sea tan efectiva o más que este plan para realizar este propósito. Reafirmamos nuestro apoyo a los esfuerzos de las Naciones Unidas para elaborar las bases para la efectiva regulación y reducción de los armamentos convencionales y de las fuerzas armadas.

Al hablar acerca del desarme, debemos mantener absolutamente claro un punto elemental: y es, que el corazón y el alma de un verdadero desarme es la confianza de que cada nación armada está cumpliendo los convenios. Ninguna nación puede tener esa confianza si no sabe positivamente lo que se está haciendo en otros países. Y eso sólo puede saberse mediante controles internacionales basados en la libre inspección internacional en cada país.

El desarme ha sido tema abundante de propaganda, y es indudable que habrá de seguir siéndolo. A aquellos que adelantan varios planes de desarme con fines de propaganda, las Naciones Unidas no tienen mas que hacerles esta sencilla pregunta: Si verdaderamente hablas con sinceridad,¿estás dispuesto a dar el primer paso? Ese primer paso es la aceptación de salvaguardias efectivas bajo las Naciones Unidas. No cabe otra base para el desarme. Sólo cuando cada nación esté dispuesta a marchar por una zona de franca y amistosa cooperación en la comunidad mundial, empezaremos a progresar auténticamente hacia el desarme.

Creemos, no obstante, que debe seguir haciéndose esfuerzos en ese sentido, que deben hacerse planes y deben proseguir las negociaciones. Este asunto es de importancia tan vital que no debe dejar de removerse una sola piedra en la esperanza de que estos esfuerzos fructifiquen algún día.

Como tan certeramente apuntó Mr. Bredo Stabell, el honorable representante de Noruega, en una reunión de la comisión de armamentos convencionales:

"Ningún buen agricultor deja de prepararse para la siega y recolección del verano durante los sombríos y fríos días del otoño y del invierno. En mi país, montado a horcajadas sobre el Círculo Artico, el agricultor no recogería ninguna cosecha si tuviera que aplazar sus faenas hasta que se le echara encima el mes de junio."

Mr. Stabell prosiguió: "Explorar las posibilidades de regular y reducir los armamentos cuando el rearme para oponerse a la agresión ilegal es la terrible necesidad del día, exige valor y firme adhesión a los principios de las Naciones Unidas. Confío, sin embargo, en que no se encuentre a las Naciones Unidas faltas de previsión y de firmeza en este importante campo."

Para recoger las cosechas de la paz en el futuro, permítaseme que haga uso de la excelente imagen de Mr. Stabell, hemos de planear y trabajar ahora.

He hecho hincapié en el trabajo que debemos hacer para robustecer y desarrollar nuestro sistema de seguridad colectiva. Esto es algo que ninguno de nosotros quisiera hacer, pero en el mundo en que vivimos, no tenemos más remedio que seguir adelante enérgicamente con esta tarea.

¿Quiere decir esto que todas esas cosas que quisiéramos hacer, las creadoras, las actividades productivas, deben ser dadas de lado en espera de otros tiempos?

De ninguna manera. Debemos seguir adelante al mismo tiempo con nuestros esfuerzos encaminados a mejorar el bienestar humano. Debemos continuar con nuestra guerra contra la necesidad, incluso cuando nos armamos contra la agresión. Debemos hacer estas dos cosas al mismo tiempo, porque sólo de esta manera podemos mantener constantemente ante nosotros el íntegro propósito de lo que estamos haciendo.

Al contrario que los monjes medievales que durante todo el curso de su vida tenían ante ellos una calavera como símbolo de la muerte, nosotros debemos tener siempre presente ese símbolo vivo por el que estamos trabajando: una vida mejor para el pueblo.

Tenemos ahora la posibilidad, a base de la experiencia de las Naciones Unidas y de sus organismos especializados, y de la experiencia de muchas naciones miembros, de transformar las vidas de millones de personas, de liberarlas del espectro de la necesidad y de dar al pueblo de todo el mundo una nueva esperanza.

Podemos hacer frente al desafío de la miseria humana, del hambre, de la pobreza y de la enfermedad.

Como ejemplo de la clase de necesidad a la que debemos aplicar nuestros esfuerzos, quisiera hablar sobre el problema del uso y propiedad del campo, problema que para millones de personas constituye una fuente de miseria y de sufrimientos.

En muchas partes del mundo, especialmente en Asia, las naciones han buscado la manera de conseguir una mejor distribución de la propiedad agraria. Los gobernantes de India y Pakistán, por ejemplo, sienten vivamente este problema, y están dando pasos para resolverlo eficazmente.

En Japón, como resultado de un programa de reforma agraria, tres millones de campesinos -más de la mitad de los agricultores del Japón- han adquirido tierras.

En la República de Corea, donde antiguamente había el doble de arrendatarios que propietarios, una redistribución de campos había cambiado de tal forma esta proporción en el momento de la invasión, que los propietarios de terreno superaban en número a los que tenían su campo en arriendo. Los planes dispuestos para este verano habrían hecho propietarios de terrenos al noventa por ciento de las familias agrícolas.

En cada uno de estos países, el resultado de la nueva distribución del campo ha dado al agricultor la oportunidad de trabajar para sí y de mejorar su estado.

Estos ejemplos que he citado no son slogans ni frases. Son una sugerencia de lo que puede hacerse, sobre una base cooperativa y democrática y por medio del cambio pacífico, con respecto a la dignidad del individuo y a su derecho a bastarse a sí mismo y a vivir una vida decente. El resultado no ha sido lo que en ciertas partes del mundo se ha llamado reforma agraria, o sea: colectivizar al agricultor y ponerle bajo el completo control del gobierno en lugar de bajo el del propietario.

La misma importancia tiene el problema del mejor uso y aprovechamiento de la tierra. En casi todos los países, pero especialmente

en varias partes de Asia, Africa, Oriente Medio e Iberoamérica, donde la gente adolece grandemente del uso ineficiente de su tierra, hacen falta controles de la erosión del suelo, mejores semillas y mejores herramientas y abonos.

La principal responsabilidad en estos campos recae, naturalmente, sobre los gobiernos, pero las Naciones Unidas deben realizar esfuerzos especiales para asesorar y ayudar a los gobiernos a perfeccionar el uso y la productividad del terreno. Una parte considerable de los fondos prometidos para el programa de ayuda técnica está ya disponible para permitirnos emprender un ataque contra semejantes problemas, así como contra los problemas de la salud, la educación, la industrialización y la administración pública.

Se nos presenta la gran oportunidad de llevar, por medios tales como los desarrollados por las Naciones Unidas, una nueva esperanza a millones de personas cuyas necesidades más apremiantes son: comida, tierra y dignidad humana.

Si concentramos estos esfuerzos y esta experiencia sobre zonas particularmente necesitadas, podremos lograr un impacto de maravillosas proporciones.

El sitio por donde hay que empezar es Corea.

Del mismo modo que Corea ha llegado a ser el símbolo de la resistencia contra la agresión, así puede también ser el símbolo vibrante del renacimiento de la vida.

A través de las Naciones Unidas y bajo el mando unificado se está haciendo mucho en auxilio del pueblo coreano. La ayuda de todo género debe aumentarse grandemente.

Queda por hacer otro trabajo, un trabajo todavía mayor. Cuando se restablezca la paz en Corea será necesaria una obra tremenda de reconstrucción.

La devastación sembrada en Corea es una consecuencia de la agresión nordista. Sería poco sensato esperar que aquellos que podían haber evitado o revocar esta agresión ofrecieran la ayuda necesaria para reparar el daño causado por esta invasión.

Las vidas perdidas como resultado de esta agresión no pueden ser recobradas, pero cuando el pueblo de Corea emprenda la tarea de restablecer una nación libre e independiente, cuando empiecen a reconstruir su país, las Naciones Unidas deben estar preparadas para encauzar sus recursos y su experiencia en su ayuda.

Aquí mismo, enfocando nuestra atención y nuestros esfuerzos sobre un lugar donde se tiene una imperiosa necesidad, las Naciones Unidas y los organismos especializados pueden demostrar al mundo que han aprendido a ayudar a la gente a combatir las enfermedades, a construir hospitales, escuelas y fábricas, a enseñar a maestros y administradores públicos y a fertilizar los campos.

Este es un trabajo que se puede hacer. Requerirá importantes fondos y recursos. Cincuenta y tres naciones han prometido apoyar a la defensa de Corea por las Naciones Unidas. Algunas de ellas no han podido contribuir con personal o equipo militar; pero estoy seguro de que todas ellas querrán contribuir con víveres, con materiales industriales y de transportes, con materiales y técnicos de construcción, a la gran tarea de la reconstrucción.

Mi gobierno está dispuesto a colaborar con las demás naciones

en la provisión de recursos y personal. Cuando se lleve a feliz término el conflicto de Corea, muchos de los médicos, ingenieros y otros técnicos, y gran parte de los recursos utilizados ahora para apoyar la acción militar de las Naciones Unidas, serán puestos por mi gobierno a la disposición de una fuerza de reconstrucción de las Naciones Unidas.

Sugiero que la Asamblea General establezca en el Consejo Económico y Social una fuerza de reconstrucción que dirija este gran esfuerzo colectivo.

Estas medidas no sólo contribuirán a hacer volver rápidamente al pueblo coreano a un estado de paz e independencia, sino que demostrarán a los pueblos del mundo las posibilidades creadoras y productoras de las Naciones Unidas.

De las cenizas de la destrucción, las Naciones Unidas pueden ayudar al pueblo coreano a crear una sociedad que sirva de ejemplo para otros pueblos. Lo que las Naciones Unidas puedan hacer aquí contribuirá probablemente a crear un patrón de acción social y económica coordinada en otros sitios, en que se necesita más bien la ayuda para el desarrollo que la rehabilitación.

Esperamos que ha dé llegar un tiempo en que los miembros de las Naciones Unidas podrán dedicar sus energías y sus recursos a actividades productivas y creadoras, a la mejora del bienestar humano, en lugar de a los armamentos.

Cuando llegue el tiempo en que un sistema universal de seguridad colectiva permita a las naciones reducir su pesada carga de los armamentos, esperamos que otras naciones se unirán a nosotros ofreciendo una buena parte de las cantidades ahorradas a las productivas actividades de las Naciones Unidas que ya he descrito.

Un mundoasí, en el que todas las naciones sin excepción trabajen unidas por el bienestar de toda la Humanidad, parece una meta muy lejana en estos días de peligro, pero nuestra fe en la definitiva realización de esto, ilumina todo el trabajo que ahora hacemos.

Al edificar un mundo más próspero y seguro, no debemos perder nunca de vista el motivo básico de nuestro esfuerzo, que es: el valor de la persona humana individual. Nuestro fin es crear un mundo en el que cada ser humano tenga la oportunidad de realizar sus posibilidades creadoras en armonía con todos.

Nuestra esperanza es que la atenuación de la tirantez internacional, atenuación que nosotros buscamos, irá acompañada por una gran restauración de la libertad humana, allí donde ahora no existe, y de un constante progreso en todas las partes hacia la "libertad mayor".

Pero la salvaguardia de la libertad humana no es una meta distante, ni un proyecto para el futuro. Es una constante, inmediata y urgente preocupación de las Naciones Unidas.

Las Naciones Unidas deben tener siempre presente el objetivo establecido en la declaración universal de los derechos del hombre, y debemos seguir impulsando la labor de nuestra distinguida comisión de los Derechos del Hombre.

Mientras nos dedicamos a la creación de condiciones de verdadera paz en el mundo, debemos seguir siempre adelante bajo la bandera de la libertad. Nuestra fe y nuestra potencia están arraigadas en las

instituciones libres y en los derechos del hombre.

Hablamos en esta ocasión como representantes de gobiernos, pero debemos hablar también a los corazones de nuestros compatriotas. Hablamos para personas cuya mayor preocupación es la de si los niños se encuentran bien o mal de salud, si hay suficiente comida, si el techo gotea y si habrá paz.

Sin embargo, para ellos la paz no es precisamente la ausencia de guerra.

La paz que el mundo desea debe ser una paz libre del miedo: del miedo a la invasión, del miedo a la invasión, del miedo a la llamada en la puerta a medianoche.

La paz que el mundo necesita debe estar libre de la necesidad; debe ser una paz en la que los vecinos se ayuden los unos a los otros, y juntos edifiquen una vida mejor.

La paz que el mundo necesita debe ser una paz moral, de modo que el espíritu del hombre pueda ser libre y las barreras entre las mentes y los corazones de los hombres se derrumben y dejen libres a los hombres para unirse en hermandad.

Esta es la tarea que tenemos ante nosotros.